

EL MONITOR DE LA VETERINARIA

PROPAGADOR DE LOS ADELANTOS DE LA CIENCIA

Y DEFENSOR DE LOS DERECHOS PROFESIONALES.

No se sirve suscripcion que no esté anticipadamente abonada.

Se publica los dias 5, 15 y 25 de cada mes.—PRECIOS. En Madrid por un trimestre 10 rs., por un semestre 19 y por un año 36.—En provincias, respectivamente, 14, 26 y 48.—En Ultramar por semestre 50, y por un año 90.—En el extranjero 20 por trimestre, 40 por semestre y 80 por año.

Se suscribe en Madrid, en la Relacion, Carrera de San Francisco núm. 13.—Librería de D. Pablo Calleja, calle de Carretas.
En provincias, ante los subleogados de veterinaria, girando contra correos ó remitiendo sellos de franqueo, á razon de 34 por trimestre.

Por la ciencia y para la ciencia.—UNION, LEGALIDAD, CONFRATERNIDAD.

¿Se encuentra irrevocablemente juzgada y resuelta la cuestion de identidad entre el muermo y el lamparon?

Dos afecciones, ambas muy graves, aunque en grado diferente, que se localizan casi exclusivamente en el organismo de los solípedos y que por lo comun se manifiestan en el caballo; el muermo y el lamparon, tienen entre sí sorprendente analogía y tal vez hasta uniones de parentesco tan estrechas y notadas desde los tiempos más remotos que los hippiátras antiguos lo expresaban diciendo: que el lamparon era *primo hermano* del muermo.

Los medios más perfectos de investigacion que la ciencia posee en el día y que vienen en auxilio de la sagacidad del observador, facilitan investigar la intimidad del organismo y seguir de cerca los fenómenos de la vida para resolver una série de problemas cuya solucion habian buscado inútilmente nuestros predecesores.

Envaneidos por los resultados y contando cada vez más con los excelentes medios actuales, conforme recogian nuevas pruebas de la imperfeccion de los procedimientos antiguos de estudio, los adalides de la ciencia, despues de haber propuesto y discutido los diversos problemas todavia en litigio, no han dudado el poner en cuestion hasta los datos adquiridos y las soluciones aceptadas.

Así es que el modo de pensar de los hippiátras sobre el grado de parentesco que unen al muermo y al lamparon, revisado por este tribunal más esclarecido y más competente ha decidido que se habia fundado mal y que era erróneo: y en lugar de la fórmula condenada, ha decretado la nueva escuela que entre estos dos estados existe, no sólo semejanza, sino identidad perfecta y que el muermo y el lamparon son en realidad dos modos diversos, dos formas diferentes de una sola y misma enfermedad.

¿Esta afirmacion está fundada en hechos prácticos innegables é incontrovertibles? ¿Es el resultado de una apreciacion más inteligente ó mejor razonada, de un estudio más científico y profundo de los fenómenos de fisiología patológica que hasta aqui habian sido desconocidos? ¿O será más bien una pura cuestion de doctrina? Sea como quiera y cualquiera que su origen no se descubre en ella el sello de autenticidad que nada deja en duda. Hé aqui por qué muchos veterinarios no se encuentran completamente convencidos de que el problema esté fuera de discusion; creen por el contrario, y con ellos Delorme al que pertenecen estas ideas, que la identidad de naturaleza entre el muermo y el lamparon está aún por demostrarse, sea lo que quiera lo que se haya dicho, y lo que opinen los

sabios distinguidos, los veterinarios de más fama y las personas de mayor autoridad.

No será inoportuno volver á este debate aunque no sea más que para esclarecer la cuestion, hacer consideraciones más decisivas y concluyentes, si es que es factible y existen.

Nuestros medios naturales de apreciacion, bien incompletos por el mucho tiempo que se han reducido á sí mismos, nos han bastado sin embargo para hacer la comprobacion material de los diferentes fenómenos que se notan observando para apreciar los caracteres que los separan y distinguirlos entre sí. Tal es el manantial primero de todas las ideas, tan numerosas y tan variadas, que el hombre ha conseguido agrupar en su imaginacion. Por la aplicacion de los sentidos á la observacion y al estudio de todo cuanto nos interesa bajo cualquier concepto, hemos adquirido las diferentes nociones cuyo conjunto constituye el vasto campo de los conocimientos humanos, hecho incontrovertible y que no necesita de comentarios para demostrarle.

En efecto, el objeto inicial de la medicina es ver y conocer las numerosas observaciones de los fenómenos que constituyen la vida, y estas nociones preliminares no pueden recogerse más que por medio de los sentidos en contacto con los hechos y en las lecciones de la experiencia.

Al mismo tiempo de verificarlo, arrastrado irresistiblemente el observador por el deseo de aumentar sus conocimientos y poder explicarse lo que vé, se entrega á investigaciones más difíciles y más complicadas, á la apreciacion metódica y razonada de los hechos observados. Esta última operacion nos conduce al dominio de la hipótesis donde la imaginacion extravía con frecuencia las mejores inteligencias.

Estando dotados todos los hombres de los mismos sentidos, y poseyendo respecto al ejercicio de sus funciones de relacion, sobre poco más ó menos las mismas facultades y las mismas aptitudes, parece que los hechos que se presentan á su observacion, cuando son de la misma naturaleza, debieran dejar impresiones idénticas en todos los entendimientos. Esto es efectivamente lo que se verifica cuando se trata de hechos materiales, perfectamente apreciables y que afectan constantemente la misma forma y un aspecto idéntico. Mas no sucede así para cuanto pertenece á los fenómenos de la vida.

Los hechos correspondientes á esta categoría, no se presentan todos con una fisonomía bien apreciable, así es que no parecen, en todas las circunstancias, exactamente semejantes á sí mismos. No siempre se ven en el mismo periodo de evolucion ni se examinan bajo el mismo punto de vista. La identidad de un hecho que se presenta bajo tan diversos aspectos, no siendo siempre fácil de

apreciar; los juicios basados en la apreciación de los sentidos, pueden ser modificados por ciertas modificaciones del espíritu; por otra parte, mientras que un observador es con más particularidad atraído por caracteres de identidad, otro fija su atención en los de semejanza; resulta que la idea de un mismo hecho puede tomarse, y en efecto, en muchas circunstancias se toma de una muy diversa por cada observador. De aquí el que generalmente, sin oposición y sin controversia, un hecho nuevo, inesperado, aunque bien comprobado y patente, es aceptado como cierto por los que no pueden ó no saben verle.

Por lo demás esta disposición particular de ciertas inteligencias, que citamos como una causa bastante común de disidencia, aunque desmedida, excesiva, no deja de ser útil. En efecto, un día ú otro, á pesar de las oposiciones más ardientes y acaloradas, á pesar de los más hábiles y seductores razonamientos, no deja por eso de triunfar la verdad; mientras que la prueba de la discusión y el apunte ó registro severo que es la consecuencia, harán difícil el acceso de la ciencia á todos los trabajos que no están destinados á figurar honrosamente en sus estados, cuadros ó tablas.

Si la operación, muy sencilla en apariencia, que tiene por objeto la comprobación de un hecho físico, se encuentra rodeada de tantas dificultades, siendo accesible á tantas interpretaciones diferentes, cuanto más numerosas deben ser las causas de disidencias cuando los trabajos se refieren á la apreciación razonada, de pura deducción!

La ciencia médica cultivada con fervor y sacrificio por sus adeptos de cada generación, habiendo en el curso de las edades, vertido sucesivamente una serie de desconocidos, ha logrado después de grandes trabajos efectuados en estos últimos siglos, tocar por diversos puntos el dominio de las ciencias exactas; mas no ha dejado aún de ser, en el mayor número de sus conclusiones, una ciencia esencialmente hipotética. Así es que se presta á todos los extravíos de la imaginación, á todas las extravagancias de la inteligencia ó del espíritu.

En semejante materia, donde tantos hombres selectos, tantos verdaderos sábios, cediendo á la seducción de una idea, buscan por lo común la confirmación de sus miras más bien que una conclusión lógica y racional, no debe sorprender el que se formen los juicios más extraños y hasta ridículos de la apreciación muy concienzuda de un objeto dado, pues no se vé lo que hay sino lo que se quiere que haya. *Tal capita, tal sensus*, dice el proverbio latino, y aquí como en cualquiera otra circunstancia, puede hacerse una exacta y verdadera aplicación.

En todas épocas y desde los primeros orígenes de la medicina, las inteligencias más esclarecidas y admirables han sido sorprendidas por esta anarquía en las ideas, por estas aberraciones tan apreciables del derecho del examen libre; y para intentar remediarlo, los que se han creído tener poder para emprender esta tarea, se han esforzado en desembarazar el camino y plantar algunas miras ó gallardetes para hacer más fáciles las investigaciones de sus sucesores. Bajo este influjo se han concebido todos los sistemas, todas las doctrinas que, sin razón, tienen la pretensión demasiado ambiciosa de reglamentar la ciencia, de esclarecer y explicar sus más oscuros fenómenos y fijar leyes y principios destinados á servir de guía en los estudios médicos.

Hasta estos últimos tiempos, cuando cualquier sistema era reconocido con perseverancia y talento por un nombre autorizado, jamás dejó de encontrar partidarios y adeptos. Así es que todas las doctrinas, aun las más extrañas, han tenido sus días de prosperidad; porque, si por una parte estamos dispuestos á no reconocer otra au-

toridad que la nuestra y á no seguir más leyes que las que nosotros mismos nos hemos formulado, existe también en nosotros una tendencia á la imitación que nos inclina á aceptar todas las soluciones desde el momento en que parecen sancionadas por el crédito y los sucesos: *Vox populi, vox Dei*: así se pensaba en algún tiempo, y aceptando ciegamente las opiniones de otros, se inhabilitaba en cierto modo su propia iniciativa, prohibiéndose al mismo tiempo de toda inspiración espontánea, todo trabajo original.

Este exceso de confianza en los nombres autorizados, ha desaparecido en el día, y en medicina como en otras muchas materias, la razón tiende cada vez más á destronar la fe.

Por otra parte la ciencia médica no está todavía en posesión de la verdad absoluta, y cada uno de sus sistemas, aunque ingeniosos, por bien concebido que esté, consigue mejor divulgar los vicios é imperfecciones de las doctrinas rivales que explicar y resolver los numerosos problemas cuya solución no se ha encontrado aún. Por esto, y hay bastante razón para obrar así, se tiene la costumbre en el día de no creer más que bajo beneficio de inventario: aquí está el ejercicio inteligente y razonado del derecho de libre examen; pero se cree también, sobre todo en lo que, más ó menos aproximadamente, parece confirmar las miras particulares ó corroborar las opiniones personales, lo cual es peor, porque bajo el influjo de una preocupación cualquiera, nuestro juicio es habitualmente menos seguro, y en este caso estamos siempre muy expuestos á equivocarnos.

Añádanse á estas causas de error el deseo inmediato de que cada cual se encuentra poseído de unir su nombre á un descubrimiento cualquiera, y en cuanto esta pretensión parece justificada por el hallazgo más insignificante, el amor propio del autor y el sentimiento de la paternidad, obran de concierto: ¡qué insistencia, qué esfuerzos de lógica, qué talento de discusión no se despliega para hacer ostensible, poner en circulación y recomendar al público una idea que, con frecuencia, ni aún tiene el mérito de la novedad!

A pesar de tendencias tan diversas que descarriando las inteligencias, anonadando los esfuerzos de tantos trabajadores y añadiendo obstáculos pueriles, pero muy efectivos á las dificultades de todo género que son inherentes á la materia, la ciencia no deja de progresar; pero en medio del progreso general, ¡qué de pasos tan retrógrados! ¿y cuántas buenas soluciones son aplazadas por la voga momentánea de una solución ilógica?

En veterinaria, donde tantos problemas quedan por resolver, donde tantos trabajos serios é importantes quedan por hacer, esta pérdida ó disipación de fuerzas, este desvío de las facultades intelectuales que tiende á estorbar con materiales sin valor es más nociva que en medicina humana, por la desproporción en la cifra de trabajadores, tan numerosos en el primer campo y tan raros en el segundo.

Los veterinarios encontrándose en todas partes en presencia de trabajos de una utilidad inmediata, hacen por lo común menos que los médicos un uso intempestivo de sus facultades, y son menos inclinados que estos últimos á tocar las nebulosas regiones de la alta ciencia, donde el espíritu más seguro y firme con tanta frecuencia se extravía. Mas con la intención loable de seguir los progresos de la medicina humana, á los que el veterinario instruido jamás debe ser extraño, y estudiando con cuidado los trabajos que surgen diariamente, sucede el no poder resistir á la manifestación de una teoría seductora ó á la autoridad de un nombre respetado, y con frecuencia se llega así al error, como también sucede por lo común equivocarse siguiendo sus mismas vías.

Las desviaciones de esta naturaleza son más difíciles de rectificar en veterinaria que en medicina humana, porque siendo en la primera los promovedores de sistemas notabilidades, por lo común, de ella, aunque las proposiciones indicadas por ellas se encuentren contradichas por los hechos, el práctico que está en contacto con estos hechos y que los conoce perfectamente, no se atreve por lo general ni á comprobar ni sobre todo á refutar el error en presencia de un hombre cuya autoridad le obliga al silencio.

Así se ve, por una parte, pormenores sin valor, presentados como documentos útiles, mientras que cuestiones llenas de interés, y claras porque las ve de cerca, salen oscuras y embrolladas del exámen hecho á distancia bajo el pretexto de simplificarlas y resolverlas.

Esta crítica muy anodina ó soporífera de las pretensiones de los hombres sistemáticos no se refiere más que muy lejana é indirectamente al objeto que se ha propuesto Delorme; pero confiesa que la disidencia que hay entre los veterinarios le han inspirado las reflexiones que preceden.

Algunos de los veterinarios más sabios dando un crédito exagerado á las miras dogmáticas, que la filosofía médica ha transformado en leyes inmutables, en principios incontestables, admiten como perfectamente demostrada la identidad de naturaleza del muermo y del lamparon; otros veterinarios refiriéndose á la significacion literal de los hechos que diariamente ven y observan, aseguran que la cuestion está muy distante de encontrarse irrevocablemente juzgada y que todavía es permitida la duda. Delorme opina de este modo, y las razones en que funda su conviccion, las manifestaremos en otro artículo.

Desinfeccion.

A consecuencia del desarrollo del tífus contagioso, se ha procurado investigar cuál será el modo de desinfectar las localidades y objetos coatinados. Se ha empleado generalmente el cloro y otras sustancias que aunque tienen la propiedad de destruir los mantes de miasmas, no puede decirse hagan lo mismo con los virus. Sospechando el veterinario Thiernes la ineficacia del cloro, consultó á Husson y éste le contestó lo que en extracto sigue:

Siempre me han inspirado poca confianza las fumigaciones cloradas empleadas como desinfectante en los establos donde ha reinado la peste vacuna, opinion que he confirmado, pues el cloro no constituye en tales casos más que un mal desinfectante, si es que puede considerársele como tal.—La cuestion de la desinfeccion es aún muy oscura y mal comprendida, los desinfectantes se emplean mal. Sólo la experiencia y la experiencia bien hecha debe decidir.

La peste vacuna es una enfermedad virulenta, lo cual es un hecho conocido y experimentalmente demostrado, como lo es el que el cloro no destruye las propiedades de ciertos virus. El del muermo, por ejemplo, conserva toda su energía despues de haberle tratado por el cloro; inoculado reproduce la enfermedad especifica de la que es el producto de elaboracion; sucede lo mismo con el virus rábico y otros.

Si se comparan los virus á los esporos de ciertas criptógamas, se sabe que el cloro no destruye el oidium de la vid; si se hace con los fermentos, no está justificado el uso del cloro en las enfermedades virulentas, pues pocos ignoran que se activa considerable-

mente la germinacion de la cebada humedeciendo los granos con un poco de agua clorurada.

Si se tratara de una enfermedad puramente miasmática, seria diferente la accion del cloro y todo abogaria en favor de su uso. Generalmente se le considera al miasma como el resultado de la descomposicion pútrida de materias orgánicas; entre los productos de esta descomposicion se encuentran los cuerpos volátiles, directamente descomponibles por el cloro; tales son el hidrógeno sulfurado, el hidrógeno fosforado, los hidrógenos carbonados, etc. etc.

Tal vez se dirá que si el cloro descompone los productos volátiles, que debe descomponer también todas las materias orgánicas. Es cierto, pero el cloro, como todo agente químico, puesto en presencia de muchas sustancias, ataca primero á cuanto tiene más relacion con su actividad química. Luego los fenómenos que presenta el virus, casi no permiten colocarlos mas que entre los cuerpos que ofrecen una resistencia débil á los agentes químicos.

Se dirá también que los hechos prácticos dejan satisfechos á los partidarios de las fumigaciones cloruradas en los casos de peste vacuno. Que en muchos establos se han metido impunemente reses despues de desinfectados por el cloro; pero también es verdad que se las ha metido á los dos ó tres meses de haberlos desinfectado, y para demostrar la realidad de una desinfeccion, es necesario que puedan entrar los animales sin malos resultados á los pocos dias de la accion del desinfectante.

Sin condenar al cloro sin apelacion, debe considerarse su accion como muy lenta é incierta, habiendo otros agentes químicos de uso tan fácil y tal vez más económicos, entre los que puede contarse el ácido sulfúrico; sus propiedades, tanto físicas como químicas, le hacen eminentemente adecuado para una buena desinfeccion. En efecto, ¿qué cosa más sencilla que lavar todos los cuerpos sólidos del establo con ácido sulfúrico caliente, cargando, por volatilizacion, la atmósfera de los vapores de este ácido? Hay hechos que lo comprueban.

Se espolvorean con flor de azufre las cepas atacadas de oidium. Por el influjo de la humedad, del aire y del oxígeno desprendido por la planta, la flor de azufre se oxida lentamente y pasa al estado de ácido sulfuroso y en seguida de ácido sulfúrico.

En todos tiempos se ha empleado el ácido sulfuroso para desinfectar los atalajes de los animales enfermos. Todas estas aplicaciones se refieren á la afinidad del ácido sulfuroso por el oxígeno, y por lo tanto á su transformacion en ácido sulfúrico. Añádase á esto que el ácido sulfúrico carboniza todas las sustancias orgánicas.

Al ácido sulfúrico puede añadirse otro desinfectante, el calor. ¿No podrá someterse á la calcinacion el aire ya desinfectado por el ácido sulfúrico? Tal vez ofrezca dificultades prácticas, pero no serian invencibles.

Todo lo expuesto debe pasar por el crisol de la experiencia; mas es innegable que resultaria un bien incalculable si permitiera una buena desinfeccion meter inmediatamente las reses en los establos en que hubiera habido alguna atacada del tífus contagioso.

DE LA TORSION DE LA MATRIZ Y VAGINA.

**Torsion del útero en una vaca primípara.—
Vuelta y media de derecha á izquierda acar-
reando la muerte.—Autopsia sin manipular
en los órganos (1).**

Consultado Chuchu el 18 de Junio de 1854 para una novilla de tres años que le dijeron estaba muy mala, la encontró tendida sobre el costado derecho, en posicion externo-costal, con la cabeza apoyada perpendicularmente, los ojos hundidos y cubiertos por las moscas, indicando todo un caso muy grave. Le dijeron que hacia ocho dias se habia comprado la vaca, en una féria, preñada de ocho meses; que anduvo nueve leguas hasta la casa del comprador, habiéndosele caído una uña de cada pié; que al llegar huyó porque la acometieron varios perros, pero que no la vieron dar ninguna caida; que á consecuencia de la caida de las uñas y por lo que sufría estuvo continuamente echada, pero que aplicados los remedios convenientes no dejó de comer; que hacia poco habia cambiado de postura, más tranquila. Que por la mañana rehusó el pienso y viendo seguia mal, le avisaron. Notó que estaba fria la piel, cuernos y orejas, el hocico cubierto de una humedad fria, el pulso imperceptible, lo mismo que los latidos del corazon y las mucosas aparentes excesivamente pálidas.

Pronosticó una muerte próxima, y procuró investigar cuál podia ser la causa. La palidez ó más bien blancura de las mucosas, indicaba una congestion ó una hemorrágia interna. La res estuvo perfectamente tranquila desde la mañana en que se notó estaba mala, sin dar señales de cólicos, no se ha pegado, recibido golpe ni nada. Se sospechó la hemorrágia interna, y la res murió estando delante Chuchu.

Hizo la autopsia á las nueve horas de haber muerto. Era notable la palidez de las carnes, pero de buen aspecto; se notaban algunos puntos edemaciados, sobre todo en los declives que habian servido de punto de apoyo en el decúbitus.

Colocada la res de dorso y abierta la cavidad abdominal, al llegar la incision cerca de los lomos, salió un poco de serosidad rojiza; quitadas las paredes abdominales se vió una masa gruesa que ocupaba casi la mitad de la cavidad, de un rojo negruzco, contrastando con las partes inmediatas que participaban de la palidez general: era la matriz. En el abdómen habia cosa de azumbre y media de serosidad rojiza. La congestion no pasaba del cuello de la matriz que estaba pálido como las demás vísceras abdominales. Aquí estaba la explicacion de cuanto se veia: existe una torsion sobre el cuerpo y el cuello. En el mismo sitio en que se encontraba, apenas tenia el órgano el volúmen del brazo de un niño; detrás, palidez como en las demás vísceras.

No habiendo visto nunca un caso semejante y conociendo el interés que podia ofrecer para lo sucesivo su exámen minucioso, introdujo Chuchu el brazo por la abertura exterior de la vagina para apreciar el sitio local que le permitiera reconocer la naturaleza del accidente, si se le hubiese consultado ántes. Con toda la atencion posible y conociendo que habia una torsion evidente de la matriz,

no le fué posible notar ningun pliegue de la mucosa vaginal, pues este conducto se aplicaba exactamente á su mano hasta el fondo, donde parecia terminar por un tubo ciego.

Para conocer la direccion y grado de la torsion, ensayó con ayuda del matarife hacer la destorsion: era tan voluminosa la masa y tan friable, que lo imposibilitaba. Entónces para no desordenar nada, le ocurrió el medio de practicar una grande incision en el cuerno derecho donde estaba el feto, y salió al momento un ternero precioso completamente desarrollado; éste demostraba que el vendedor se habia equivocado en el término de gestacion de la novilla. Las tetas estaban regularmente tumefactadas por la leche. La incision del cuerno facilitó comprobar que las paredes de la matriz estaban muy engruesadas, su tegido ingurgitado de sangre como puede estarlo una esponja, la placenta desprendida de los cotiledones por una hemorrágia que entre ellos se habia efectuado y las aguas encerradas en las envolturas teñidas por la sangre. Sacado el peso contenido le fué fácil á Chuchu destorcer. Pero tuvo que dar á la matriz una rotacion de vuelta y media, de izquierda á derecha para colocarlo todo en su posicion. Desde el punto en que existia la torsion, indicaba un rodete el límite de la congestion. Los ligamentos estaban muy engruesados en su parte anterior, llenos de sangre y presentando en algunos sitios espacios angulares con abertura anterior poco ó nada congestionados, particularidades relativas á la posicion que ocupaba la porcion correspondiente del ligamento. Los ovarios, sin estar abultados, estaban negros por dentro y por fuera y presentaban al incidirlos el mismo aspecto que un tumor melánico. Dando varios cortes en el útero, se notó que formaba la sangre en los vasos coágulos de consistencia melánica, cuya disposicion muy apreciable en las arterias podia seguirse hasta sus divisiones más ténues. No habia rotura en la matriz, ligamentos ni en parte alguna.—Tampoco en los demás órganos se notaba nada de particular.

En su consecuencia la matriz habia experimentado en esta vaca una torsion de vuelta y media de derecha á izquierda. ¿Cómo pudo suceder esto? Chuchu dice va á reparar una omision que de intento ha hecho en la etiología, para llamar más la atencion sobre la causa que se le figura ha originado el accidente. Esta res sufría de los piés extraordinariamente y no pudo permanecer en la estacion, estando condenada á subsistir echada; pero cuando estaba fatigada, adormecida por el decubitus prolongado sobre un costado, se volvía del otro girando sobre el vientre, como dijeron la habian visto varias veces ejecutar este movimiento, cuya causa es una de las más demostradas. Cuando la novilla ha pasado del lado izquierdo al derecho, pudo producirse un principio de torsion ó media vuelta, por ejemplo. Esto se produciría tres veces seguidas originando el accidente que hemos indicado.

(Se concluirá.)

RESUMEN.

¿Se encuentra irrevocablemente juzgada y resuelta la cuestion de identidad entre el maermo y el lamparon?—Desinfeccion.—De la torsion de la matriz y de la vagina.

Por lo no firmado, NICOLÁS CASAS.

Redactor y Editor responsable, D. Nicolás Casas.

MADRID. 1867. IMPRENTA DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.

(1) Véase la entrega 7.^a